

JOSÉ RAMÓN FERNÁNDEZ

*PARA QUEMAR LA MEMORIA*  
(Premio Nacional de Teatro Calderón de la Barca 1993)



Escena tomada de una representación de la obra en la sala Cuarta Pared (Madrid, 1996), bajo la dirección de Guillermo Heras, con el siguiente reparto: Paco Vidal (ALBERTO MONTE), Alberto de Miguel (EMILIO), Charo Amador (AMPARO) y Ángel Sardá (CARLOS).

**PERSONAJES**

ALBERTO MONTE

EMILIO

AMPARO

CARLOS



*Gran sala de reuniones prácticamente a oscuras. Emilio, en mangas de camisa, de pie, sobre la mesa de juntas. Está vaciando el líquido contenido en un bidón. Cuando lo termina, coge otro que tiene a sus pies y sigue haciendo lo mismo. Una vez vaciados ambos, baja de la mesa y sale por una puerta lateral, con un bidón en cada mano. Entra con otro bidón, que trata de abrir sobre la marcha. Se oye ruido de llaves. Emilio esconde el bidón, cierra la puerta y se sienta ante la gran mesa de la sala de juntas. Entra Amparo con sigilo. No enciende las luces, sino una linterna. Emilio la observa. Amparo se acerca hacia la puerta derecha.*

EMILIO. Buenas noches.

AMPARO. ¿Quién está ahí?

EMILIO. Soy yo, señora Monte. Hay una luz junto a usted.

*(AMPARO toca un interruptor. Luz de un flexo. EMILIO enciende otro. Luz que nos permite ver toda la estancia, aunque en penumbra. Una lujosísima sala de reuniones, en cuyo centro hay una mesa muy grande. Alrededor de esa mesa hay varias mesitas móviles, cuyo contenido está cubierto por paños finos de color blanco. En un lugar apartado de la estancia, un hombre de sesenta años, sentado en un sillón, mira inmóvil un ordenador apagado; a su espalda, sentado en el suelo, un hombre vestido como los ciclistas de los años cuarenta mira al vacío, hacia el lugar que ocupa el público; los ojos del ciclista no son humanos: son ojos pintados, como los de las figuras de los muertos de Camboya. EMILIO y AMPARO no los ven; el viejo y el ciclista no existen para ellos).*

AMPARO. ¡Qué susto!

EMILIO. No la cortan.

AMPARO. ¿Estabas ahí?

EMILIO. Deberían cortarla. Siempre puede haber un cortocircuito.

Será por los ordenadores.

AMPARO. Trabajas demasiado.

EMILIO. Estaba terminando.

AMPARO. Pues te has perdido la fiesta.

EMILIO. Corría un poco de prisa.

*(Pausa. Ella mira hacia la puerta).*

EMILIO. Por eso.

AMPARO. ¿Dime?

EMILIO. Que esto corría un poco de prisa y por eso me quedé.

AMPARO. ¿Estás bien?

EMILIO. He bebido un poco.

AMPARO. No sabía que hubiera un bar.

EMILIO. Y un equipo de música.

AMPARO. Qué bien tratamos a esos inútiles.

EMILIO. Tenía la esperanza de que fuera un vividor, pero era un visionario.

AMPARO. ¿Quién?

EMILIO. Mi presidente.

AMPARO. Por cierto, no ha venido a la fiesta.

EMILIO. Se acabaron las fiestas. Señora.

AMPARO. Pero...

EMILIO. Es la vida. Nuestro cemento está enfermo. Igual de enfermo que los olmos españoles. Tan cerca de la muerte como los olmos de toda Europa. Hay barrios enteros que cuentan los días de su propio final. ¿Ha visto cómo se deshacen los castillos de arena?

*(Ella calla).*

EMILIO. Se deshacen grano a grano. Como si fueran de agua. En realidad, les ocurre a todas las construcciones. Es la gravedad. Una fuerza inaprehensible. No existen los materiales. No existe el cemento. Solo las horas.

AMPARO. Nadie sabe su muerte. ¿Por qué tú?

EMILIO. Yo he sido el mensajero.

*(EMILIO mira hacia la calle, a través de los cristales; su figura se refleja en ellos).*

AMPARO. Tienes muy mal aspecto.

EMILIO. El miedo afea bastante.

AMPARO. Huele raro.

EMILIO. El detergente. Echan un detergente que mata a los gérmenes de puro asco. Cuando llegamos por la mañana ya casi no se nota el olor. ¿A qué ha venido?

AMPARO. Así que friegan con gasolina.

EMILIO. Es un homenaje al señor Monte. ¿Quién la envía?

AMPARO. No eres capaz de mirar a los ojos de las personas. No sabes quién soy. *(Saca un mechero de su bolsillo. Lo enciende y lo acerca a un montón de carpetas)*. ¿De verdad quieres que arda?

EMILIO. Conozco mi desesperación, pero no la suya.

AMPARO. Pues esta soy yo.

EMILIO. A mí me apetecería seguir vivo.

AMPARO. Dime lo que pensabas hacer.

EMILIO. Esperaba a su hijo Carlos.

AMPARO. No vendrá. Me odia.

*(Oscuro general. Simultáneamente se enciende el ordenador, cuya luz verde ilumina el rostro del hombre de sesenta años, que mira con gesto inexpresivo. Mientras se oye su voz en off, la escena se vuelve a iluminar poco a poco. Han desaparecido AMPARO y el ciclista. También las mesas con ruedas. Empieza a entrar la gente hasta que al final del off la escena está plenamente iluminada y con movimiento).*

MONTE. *(Off)* Voy a morir mañana por la tarde. Porque lo he decidido. Aún soy capaz de volver. De convertir la arena en diamante. De sujetar con mis manos todos esos edificios que se desmoronan. Me hubiera gustado tener una relación más dulce con el mar. Lo que queda debería partir de la ceniza.

*(La escena se encuentra ahora con luz general y en plena actividad. Varios camareros preparan las mesas laterales para una cena: platos, copas, centros de flores, cubiertos. En la mesa central, donde deberían estar los platos, hay tarjetas. EMILIO hace indicaciones inaudibles, con absoluta autoridad; recibe y contesta notas traídas por jóvenes ejecutivos. Habla por teléfono con un auricular inalámbrico muy pequeño. De fuera, por la puerta entreabierta, llegan ruidos lejanos de teléfonos, fax e impresoras, no escandalosos, pero sí constantes: es una multinacional, pero también una antesala de palacio. MONTE habla con EMILIO sin*

*mirarlo. A MONTE le cuesta trabajo hablar y lo hace con largas pausas. Cuando camine, lo hará apoyado en dos bastones).*

MONTE. ¿Han terminado?

EMILIO. Faltan solo unos cuantos detalles.

MONTE. Soporto mal sus pisadas. ¿Cuál es la etapa de hoy?

EMILIO. *(Hace un gesto a una secretaria, que le alcanza un papel de sobre la mesa, del lugar que luego MONTE mencionará como el suyo. EMILIO lee)*. Etapa decimocuarta: Sestrieres - L'Alpe d'Huez. Ciento ochenta y seis kilómetros. Un puerto de segunda categoría, Montgenevre, mil ochocientos sesenta metros. Tres puertos fuera de categoría: Galibier, de dos mil seiscientos cuarenta metros, Croix de Fer, dos mil sesenta y siete, y L'Alpe d'Huez, de mil ochocientos sesenta.

MONTE. Por dónde van.

*(EMILIO interroga con la mirada a la secretaria. Esta se acerca unos pasos).*

SECRETARIA. Están descendiendo en Croix de Fer. El italiano está tomando las primeras rampas de L'Alpe. El español ya es líder. Queda una hora para el final.

MONTE. *(A EMILIO, ignorando a la secretaria)* ¿Fignon?

SECRETARIA. Resiste. Va entre los primeros.

*(La SECRETARIA queda unos segundos en actitud de espera. Cuando nota que ya no se la requiere vuelve a su trabajo).*

MONTE. ¿Hay noticias de mi hijo?

EMILIO. Esperamos la confirmación. Parece que va a atracar en Tánger. El agregado comercial de la embajada le espera con su carta.

MONTE. Tiene que estar aquí esta noche.

EMILIO. Estamos en ello.

MONTE. Tengo que hablar con él.

*(La SECRETARIA vuelve con una carpeta para EMILIO. EMILIO lee para MONTE).*

EMILIO. Sobre las protecciones de taludes de las trincheras: bu-  
lones y gunitado. (*Le pasa el informe. MONTE mira los papeles  
con detenimiento, como si fueran una acusación*).

MONTE. ¿Y la determinación de los límites de Attenberg?

EMILIO. Sin problemas. También ha sido positivo el análisis gra-  
nulométrico.

MONTE. ¿La prueba de compactación?

EMILIO. Sobre mil metros cúbicos de tongada.

MONTE. Hay que hacerlo sobre tres mil.

EMILIO. No da tiempo.

MONTE. Pues se hace igual. No podemos correr más riesgos.  
(*Devuelve el informe a EMILIO, y este a la SECRETARIA, que sale*).

MONTE. ¿Tienes ya el discurso?

EMILIO. Un borrador.

MONTE. Léelo.

EMILIO. «Las razones para que un hijo mío sea nombrado consejero  
delegado de nuestra empresa están fundamentadas en una  
voluntad de equilibrio, aparte, por supuesto, de su valía  
personal. Es fácil inferir las ventajas de la permanencia de  
unos apellidos al frente de una empresa».

MONTE. Inferir.

EMILIO. Suponer.

MONTE. Pues suponer. Mis accionistas no son académicos. Con-  
tinúa.

EMILIO. Lo siguiente son los consejos a su hijo Carlos.

MONTE. Dónde estará.

EMILIO. A su izquierda.

MONTE. ¿Y a mi derecha?

EMILIO. Don Fernando. Es el mayor de los vicepresidentes.

MONTE. Un mandria. Lee.

EMILIO. «Es mucho más sencillo mantener la unidad de un accio-  
nariado bajo la mención de un nombre que los años han  
embellecido con la compañía de palabras como honestidad  
y trabajo».

MONTE. No puedo decir eso.

EMILIO. Se puede arreglar.

MONTE. Espera. Léelo otra vez.

EMILIO. «Es mucho más sencillo mantener la unidad de un accionariado bajo la...».

MONTE. Ahí. «Es más sencillo mantener unido un accionariado... que no es otra cosa que una familia... con la mención del nombre que ha llevado siempre...».

EMILIO. «Un nombre que se ha visto embellecido durante años...».

MONTE. No, años no. Generaciones.

EMILIO. «Durante generaciones con la compañía de palabras como honestidad y trabajo».

MONTE. Y trabajo bien hecho.

EMILIO. «Y trabajo bien hecho. Basta, para mantener unida la empresa, con no traspasar el orden del antecesor y luego atemperarse con las circunstancias, con lo cual, si el nuevo responsable posee una inteligencia y una destreza comunes...». Aquí creo que conviene una pausa: «y creo que en este caso son extraordinarias...».

MONTE. No.

EMILIO. ¿No?

MONTE. No les vendo un dios, les vendo a mi hijo. Carlos es la garantía de un nombre, nada más. Si fuese extraordinario, le podría haber nombrado antes. Emilio, toda la gente no es imbécil.

EMILIO. Termino: «siempre se mantendrá en su empresa. El heredero natural no tiene razones ni necesidad de ofender, de lo que nace que sea más apreciado. En la antigüedad y continuidad de una mayoría se extinguen la memoria y los motivos de las innovaciones: que siempre un cambio deja preparado el camino de otro nuevo. Gracias a todos».

MONTE. Bien.

EMILIO. ¿Convincente?

MONTE. Quizá demasiado literario.

EMILIO. Me he basado en el libro de estilo.

MONTE. Lo sé. Capítulo primero.

*(Entra en escena el hombre vestido como los ciclistas de los años cuarenta. Curioseosa por la estancia, toca objetos que hay sobre las mesas. MONTE lo mira de reojo. EMILIO no lo ve).*

- MONTE. Serías una competencia muy seria.
- EMILIO. Yo no podría.
- MONTE. ¿Qué?
- EMILIO. Hacer su papel.
- MONTE. ¿Mi papel?
- EMILIO. Soy cobarde.
- MONTE. Todavía crees en las personas.
- EMILIO. No.
- MONTE. En los amigos.
- EMILIO. No.
- MONTE. Yo creo en mi perro. Tengo un hijo muerto y otro ausente.  
Mi perro de verdad es un Schnauzer.
- EMILIO. Lo sé.
- MONTE. Me siento mal. (*Impertérrito*). Creo que se ha cerrado el catéter.
- EMILIO. Veamos. (*Se acerca a una mesa, abre con una llave y saca un maletín*). Serán cinco minutos. Relájese. (*Hace una indicación a un ejecutivo. Este sale. Entra la que habló, con un fax. Se lo entrega a EMILIO. Saluda con un gesto silencioso y queda de nuevo a la expectativa, como un soldado. EMILIO le echa un vistazo al fax y se lo pasa a MONTE*). Londres y Valencia.
- MONTE. (*Lo lee con aire de pensar en otra cosa*). Baja nueve, baja dos. (*Se lo devuelve. EMILIO lo lee más detenidamente, señala cosas con el bolígrafo mientras habla*).
- EMILIO. Se ha detenido.
- MONTE. Están esperando.
- EMILIO. Conviene que se zanje el asunto del Sur.
- MONTE. Las casas hechas de agua.
- EMILIO. Sí, conviene que se olvide.
- MONTE. ¿Cuánto vale un español?
- EMILIO. Unos doce millones.
- MONTE. No es barato. ¿Cuántos han muerto?
- EMILIO. Seis.
- MONTE. Paga. (*A la secretaria*) ¿Ha llamado mi mujer?
- SECRETARIA. Acaba de hacerlo.
- MONTE. ¿Dónde está?
- SECRETARIA. No lo dijo.

MONTE. ¿Y usted no lo sabe?

SECRETARIA. Tenía previsto ir a Sotheby's.

MONTE. ¿Vendrá?

SECRETARIA. Ha dicho que tal vez se retrase. Si es así, irá directamente a la fiesta de la Empresa.

MONTE. Búsquela. Quiero que venga aquí. Quiero que esté aquí si llega mi hijo Carlos. Tengo que hablar con los dos.

EMILIO. *(Entrega a la SECRETARIA el fax y le señala las anotaciones).* Estos son los movimientos para Nueva York. Envíelos ahora mismo.

*(La SECRETARIA saluda con una levísima inclinación de cabeza y sale deprisa. Entra el hombre de antes con otro; mientras MONTE y EMILIO hablan, los dos hombres se ocupan de cambiar un catéter que evacua la orina de MONTE a unas bolsas que lleva pegadas a las piernas. Tendrán que levantarlo, bajar sus pantalones, quitar las bolsas llenas y cambiarlas por otras y finalmente introducirle un nuevo catéter. Lo hacen con aire despreocupado y seguro. Entre tanto, el ciclista se quita una venda del codo; tiene una herida que aún sangra; se rasga un jirón de la camisa y vuelve a vendarse el codo. En otra parte de la estancia hay una mesa y una silla. Entra CARLOS cargado con un petate, lo deja sobre la silla y saca de él un rollo de papel de estraza, tres palos y una bola de madera. Los envuelve y ata el paquete con una cuerda. Saca también una chaqueta americana. Mete el paquete y su zamarra en el petate. Se pone la americana. Coge un álbum de cromos viejo que hay sobre la mesa y se sienta en el suelo para verlo. Estas acciones son paralelas al diálogo).*

MONTE. Hazme un favor, Emilio.

EMILIO. ¿Sí?

MONTE. Mientras me arreglan siéntate ahí y enciende uno de esos cigarrillos ingleses que fumas.

EMILIO. Está bien.

MONTE. Tanta idiotez para acabar en esto.

EMILIO. Ha sido un camino difícil. Pero ahora es usted un imperio.

MONTE. No digas bobadas. Yo no soy un imperio. Yo soy un cuerpo miserable. Un montón de carne envenenada. Te diré

un secreto, Emilio. Mi vida no ha servido para nada, ese es el secreto. Ya ves: nuestros barrios se desmoronan. Las casas que he construido se hunden. Al mismo tiempo que mis entrañas. Ayer engañé al Papa. Le dije que me sentía satisfecho de una vida de trabajo.

EMILIO. ¿Habló con el Papa de nuestros edificios?

MONTE. No, no hablé de nada. Ya sabes, fue cosa de Amparo. Le gustan esas ferias. Fue una audiencia corta. Unas fotos y todo eso. Al Papa le interesa comprobar que hay ricos católicos. ¿Has leído la última lista?

EMILIO. El sultán de Brunei, los Walton de Arkansas, Taikichiro Mori, la reina Isabel y el rey Fahd.

MONTE. Estuvo muy simpático. Me regaló un rosario y me habló de paz y trabajo. Él también parece enfermo.

EMILIO. Habría sido conveniente que Carlos les acompañara.

MONTE. Tal vez. Atado y amordazado. Emilio, no vamos a convencer a mi hijo para que me herede. Lo que podría heredar de mí ya lo tiene: mi sangre llena de veneno. Supongo que no querrá seguir heredando cosas.

EMILIO. Solo le pido que me deje intentarlo.

MONTE. No. No habrá futuro. (*Mientras MONTE habla, el ciclista, que había deambulado lejos de él, tal vez a su espalda, se para frente a MONTE, que tiene sentado delante a EMILIO, y sonrío. MONTE continúa hablando aunque turbado, lentamente*). El mundo tiene que terminar. Si te preocupa tu futuro te diré que la viuda de mi hijo Pedro sueña con que seas su consejero.

EMILIO. ¿A usted le gustaría eso?

MONTE. Scusi.

CICLISTA. Prego.

MONTE. Lei è Bartali.

CICLISTA. Ecco.

MONTE. Mille novecento quarantotto.

CICLISTA. E anche mille novecento trentotto.

MONTE. Io ero troppo giovane, ma lo ricordo.

CICLISTA. Lo so. Io a lei la conosco. La sto aspettando. (*Sale lentamente*).

EMILIO. Señor. (*MONTE parece despertar. Mira a EMILIO.*) ¿Se encuentra bien?

MONTE. Emilio, tú sabes que me estoy muriendo. No preguntes idioteces.

EMILIO. Perdón.

MONTE. Perdonado.

EMILIO. Me estaba ofreciendo un puesto entre sus enemigos.

MONTE. Se tienen enemigos cuando se respira. Si no existo no puedo odiar a nadie. Además, no los odié siempre. Casé a mi hijo Pedro con Teresa.

EMILIO. Si Pedro viviese usted habría querido que la Empresa siguiera funcionando.

MONTE. Pero Pedro murió y mató el futuro. Es curioso, el poder de decisión del viento. Y lo frágil que llega a ser un cuerpo humano. He inventado un juego para mi nieto. Si acierta le he prometido una bicicleta de carreras. Yo le digo años y él me responde ganadores. Conserva los cromos y las revistas que le regalaba a su padre.

EMILIO. ¿Y usted los recuerda?

MONTE. Prueba.

EMILIO. Veamos. (*En alguna parte, CARLOS, sentado en el suelo mirando al vacío, será quien conteste.*) ¿Cuántos años tiene Pablo?

MONTE. Doce en septiembre.

EMILIO. Pedro tenía su edad en 1968.

CARLOS. Janssen, Van Springel, Bracke.

EMILIO. 1969.

CARLOS. Merckx, Pingeon, Poulidor.

EMILIO. 1970.

CARLOS. Merckx, Zoetemelk, Petterson.

EMILIO. 1971.

CARLOS. Merckx, Zoetemelk, Van Impe.

EMILIO. 1972.

CARLOS. No fuimos a la playa.

MONTE. Murió mi madre. Tenía mi edad y este mismo veneno en la sangre. A Pedro le gustaba este juego. Era nuestro juego del verano. Yo quería que se fijase en los héroes. ¿Esto va a ser la cena?

*(Ahora se retira el servicio y terminan los enfermeros con el catéter, que ha producido por momentos un gran dolor a MONTE).*

EMILIO. Sí.

MONTE. ¿Tú comes bien, Emilio?

EMILIO. Todos los gerentes nacemos con úlcera. Yo no recuerdo la forma que tiene un huevo frito, señor Monte.

MONTE. Yo he comido siempre como un león, sin freno y sin problemas. Hasta que mi querido médico me prohibió vivir.

EMILIO. Creo que soportaría ser cualquier cosa menos su médico.

MONTE. Le pago bien.

EMILIO. Lo trata a patadas.

MONTE. Me defiendo. Los nuevos sacerdotes son los más fanáticos. ¿Dónde me sentaré?

EMILIO. Aquí.

MONTE. Tengo para la comida la disposición de los amantes viejos. ¿Dónde has puesto a Carlos?

EMILIO. A la derecha.

MONTE. ¿Y a mi mujer?

EMILIO. Entre Carlos y Pablito.

MONTE. Saboreo cada bocado como si fuese el último. Lo malo es siempre hermoso. ¿Vendrá Teresa?

EMILIO. Sí, la he puesto a la izquierda del niño.

MONTE. Pablo entre las dos mujeres. Antes, yo no apreciaba la comida. La aprecio ahora, cuando me puede matar. ¿Qué edad tienes?

EMILIO. Cincuenta. Era una especie de niño prodigio cuando fui profesor de Pedro.

MONTE. Mi pobre Pedro. Tan pronto. Emilio.

EMILIO. Sí.

MONTE. Me voy a morir sin saber cuánto me odias.

EMILIO. Señor, yo...

MONTE. No, si me da igual, no te preocupes. No te imaginas la poca importancia que tiene todo cuando uno se está muriendo. Lo estúpido que parece todo. El asco que provoca todo. Me voy a morir. Seguramente fulminado. Cáncer en el intestino, metástasis en el hígado y la columna... Qué bella palabra. Metástasis. Tengo bloqueada la vesícula. Mis

riñones y mi próstata son una especie de esponja podrida. En cualquier momento todo dejará de funcionar. El corazón se aburrirá de remover una sangre tan llena de veneno. Solo nos quedan unas horas. No me va a dar tiempo.

*(Suena el golpe de una ola. MONTE mira al ordenador).*

MONTE. Aquí había una maqueta de barco.

*(Suenan suaves golpes de ola, baña la escena una luz cálida de tarde y sur).*

CARLOS. El *Americo Vespucci*. Una fragata de cien metros de eslora. Construida en Italia en 1931.

MONTE. Carlos.

*(CARLOS entra, prepara cordajes para la vela de su barco. La mar está en calma).*

CARLOS. Rompiste esa maqueta hace cinco años. Cuando murió mi hermano. Yo ya no estaba en casa.

MONTE. Yo no te eché.

CARLOS. Dejaste que me fuera.

MONTE. Tu madre se dejó llevar por la desesperación.

CARLOS. Yo no tengo madre.

*(Pausa)*

MONTE. ¿Qué mar es este?

CARLOS. El mismo. El Atlántico.

MONTE. ¿Qué latitud?

CARLOS. Estamos en aguas de Marruecos.

MONTE. ¿A dónde vamos?

CARLOS. A Tánger. Casi llevamos el viento de cara. Tenemos que navegar en ceñida. Eso me lo enseñaste tú.

MONTE. «Cuando se tiene la proa al viento se navega en ceñida; no se puede mirar al viento a los ojos».

CARLOS. No sabes cómo son los míos.

MONTE. Azules.

CARLOS. Casualidad.

MONTE. No. Herencia. Yo te di sangre podrida. Tu madre te dio sus ojos. ¿Qué hay en Tánger?

CARLOS. Pobreza, niños. Un dictador sanguinario. Un aeropuerto. Vuelvo a casa para tu cumpleaños.

MONTE. Tenemos que hablar. Me muero mañana por la tarde.

CARLOS. ¿Ya le has cursado la orden a Dios?

MONTE. No, por una vez no es voluntad mía, es una especie de araña ponzoñosa que hay en mi vientre. Dios no sabe nada de esto. Ayer hablé con Su Santidad y dijo que me encontraba muy mejorado.

CARLOS. Para que te fíes.

MONTE. No parece que te impresione la noticia.

CARLOS. No me la creo. Perdona, no digo que no te encuentres mal. Pero sé que me has llamado para que me haga cargo de todo esto.

MONTE. ¿De dónde sacas esa idea?

CARLOS. Te conozco lo bastante como para saber que antes de quitar tu nombre de la puerta lo quemarías todo.

MONTE. Parece que no estamos tan lejos. Eres mi hijo.

CARLOS. ¿Qué quieres decir?

MONTE. Nada. ¿Me vas a traer algún regalo? Hoy es mi cumpleaños y el de la Empresa.

CARLOS. Para la empresa no llevo nada.

MONTE. Te empeñas en separarme de mi serpiente. Tu cuñada lo entiende de otro modo. Para ella, ese edificio y el padre de su difunto esposo son un solo objeto indivisible. Por eso me ha regalado su tenista; ese chico zurdo que se mueve tanto. A partir de ahora llevará mi nombre en su camiseta. Nunca me ha entusiasmado el tenis. Le falta negritud. En el ciclismo hay cuerpos mojados, rostros de sufrimiento, codos que chorrean sangre, se lucha contra Dios. El tenis es otra cosa. En fin, tengo un esclavo nuevo y hermoso. Tu no me habrás comprado nada porque ni siquiera pensabas venir.

CARLOS. Hace un par de meses que compré tu regalo de cumpleaños. Atraqué en el pueblo de la abuela. El puerto está igual. La zona antigua se está pudriendo. En la playa, hacia el puntal, han construido varias docenas de hormigueros.

MONTE. No fui yo.

CARLOS. Lo supuse: son pequeños, cuatro plantas. (*CARLOS abre su patate y saca el paquete de papel de estraza. MONTE lo abre y coge los tres palos y la bola de madera*). Los tenían de adorno en un bar; eran de El Lobo.

MONTE. El Lobo. ¿Qué sabes tú de El Lobo? Claro, sí. Yo os contaba historias de El Lobo cuando erais pequeños. No me puedo creer que te acuerdes.

CARLOS. En vacaciones. A mí nunca me lo contaste. Se lo contabas a Pedro. El Lobo podía derribar los tres bolos colocados en línea desde cuarenta metros. Era el campeón de todas las provincias del norte. Una vez logró derribar los tres bolos cuarenta veces seguidas.

MONTE. ¿Recuerdas el número?

CARLOS. Tú siempre usabas el número cuarenta, como la Biblia.

MONTE. Siempre pensé que no escuchabas.

CARLOS. Te equivocas conmigo. Siempre. Tú querías que mirásemos a El Lobo y yo te miraba a ti.

MONTE. Yo quería ser El Lobo. El Lobo era un hombre grande y duro como un árbol. Cada juego que ganaba le hacía más grande, pero también daba felicidad a sus vecinos. Era del pueblo de mi madre. Yo quería ser como él. Quería ser admirado, que todos me diesen las gracias.

CARLOS. ¿A quién quieres engañar?

MONTE. No te consiento ese tono conmigo. Estás hablando con tu padre.

CARLOS. Hace años que me subí a un barco para olvidar que tuve un padre. Te agradezco la visita, pero no me jodas.

*(Aparece un hombre fuerte y joven. Viste un polo claro y lleva un suéter blanco sobre los hombros. Saca un paquete de cigarrillos sin filtro y fuma mirando al horizonte. No ve a CARLOS ni a su padre. Este queda perplejo al verlo; aquel sigue en su faena sin mostrar la menor sorpresa).*

MONTE. ¡Pedro! (*A CARLOS*) ¿Es Pedro?

CARLOS. Sí. Se hace visible con el viento de levante, cuando me acerco al Estrecho. Últimamente parece triste.

MONTE. Pedro.

CARLOS. No puedes hablar con él. Todavía no estás muerto.

MONTE. No, creo que no. No estoy seguro. Carlos: Tú ¿por qué huyes?

CARLOS. Me pesa la vida.

MONTE. Es sencillo escapar.

CARLOS. No, no lo es. Escapar requiere soportar el vértigo, ese vértigo que produce no tener un punto de llegada.

MONTE. Tú has llegado ya, hijo.

CARLOS. Me parece que no, padre. Tú nos hablabas de las hazañas de El Lobo porque era un ser superior. Yo imaginaba a El Lobo disfrutando de la línea, del dibujo perfecto, de la parábola en el aire, del sonido de la madera chocando contra la madera. Además, padre, ni El Lobo ni tú cabéis en el tren de los que van a mandar.

MONTE. ¿Tú crees?

CARLOS. Tú quieres ser el benefactor, el padre amado. A los lobos de ahora solo les interesa devorar; son tus herederos naturales.

MONTE. ¡No! Yo no tengo herederos. Si tú no quieres heredarme no habré existido nunca.

CARLOS. No puedo ayudarte porque ya no existes, padre. Tu monstruo que construye casas y las hace caer, ese es el que vive, ese es el que es. Ahora tú le perteneces y yo solo podría dejarme devorar. Tampoco serviría para nada.

MONTE. Lo sé. Es eso lo que quiero explicarte. Al principio pensaba que esta empresa sería de mis hijos. Crié dos hijos fuertes. Dos hijos duros como mis piedras...

CARLOS. Cuando llegue al puerto de Tánger compraré un periódico de ayer. Allí leeré algo acerca de tus piedras.

MONTE. Mentiras. Mentiras asquerosas, inventos de esos perros cabrones.

CARLOS. Padre.

MONTE. ¡Qué!

CARLOS. No tienes que explicarme cómo está el negocio. Yo no soy accionista de esta empresa.

MONTE. ¿Te pones sarcástico?

CARLOS. No. Sencillamente no me gusta verte así, y no me importa nada si tus piedras son de cristal fino. Te aprecio igual.

*(Larga pausa. Se miran).*

MONTE. ¿Sabías que yo llegué a competir un año, cuando era joven? No lo hice mal para haber entrenado solo en verano.

CARLOS. Sí, papá.

MONTE. Perdóname, hijo. Miento porque me he acostumbrado a dictar la realidad.

CARLOS. Papá.

MONTE. ¿Sí?

CARLOS. Estoy llegando a Tánger. *(Pausa)* Tal vez me equivoque, pero me parece que ya estás muerto. *(CARLOS sale, y con él, el mar, las olas, etc. MONTE queda solo. Tal vez lllore de rabia. Se acercan a él tres ciclistas. Hablan entre ellos en francés, se arrodiellan alrededor de MONTE. Quizá le canten «El tiempo de cerezas»).*

*(AMPARO, en la silla que usó al principio CARLOS, retoca su maquillaje. Entra ALBERTO rodeado de tres ciclistas vestidos al uso de los años 40).*

MONTE. Amparo.

AMPARO. ¿Qué haces aquí? ¿Quiénes son esos hombres?

MONTE. Son mis sueños. He muerto esta tarde.

AMPARO. ¿Esta tarde? Desde luego, Alberto, no tienes el don de la oportunidad. Podías haber esperado a que volviéramos de tu fiesta. Tu propia fiesta.

MONTE. No lo pude evitar: vi una nube grande y gris a lo lejos, desde mi despacho. La nube iba en busca del sur y yo me sentí triste. Los moribundos somos incompatibles con la tristeza.

AMPARO. ¿Y estos muchachos? ¿Dijiste tus sueños?

MONTE. Fue en 1948, en julio. Acompañé a mi padre a París, para probar otro médico, y pude ver el final del Tour de Francia en los Campos Elíseos. Ganó Bartali, un veterano de 34 años. Yo recordaba su triunfo de 1938, aunque era un crío. Sacó media hora a Schotte y Laperbie. Habían corrido cinco mil kilómetros. Salieron 120 hombres, pero a París solo

llegaron 44. Bartali era un corredor extraordinario, pero al año siguiente apareció Fausto Coppi. En fin: los señores Bartali, Schotte y Laperbie.

AMPARO. Lo siento. Creo que nunca me los mencionaste.

MONTE. Me falta otro sueño, El Lobo, pero tengo sus bolos; me los trae Carlos en avión.

AMPARO. Carlitos siempre te ha querido.

MONTE. Tú le echaste de mi lado.

AMPARO. Yo me vengué de ti echando a tu hijo. No eras lo bastante grande para todo mi odio.

MONTE. Vengarte.

AMPARO. Me vengaba de su nacimiento. Él fue una amenaza dentro de mí. Yo no debía tenerlo, lo dijeron cuatro médicos.

MONTE. Pero nació.

AMPARO. Y yo salvé mi vida. Tú me violaste para tener un segundo hijo. Para tener un heredero de reserva. Hijo de puta.

*(Pausa)*

MONTE. También me faltas tú, pero al parecer eres un sueño demasiado tangible.

AMPARO. Me alegro de ser uno de tus sueños. Ha estado bien por lo general, verdad.

MONTE. ¿Tú crees?

AMPARO. Pues claro. Hijo, ni muerto dejarás de dudarle todo. No sé cómo has podido llegar a donde estabas.

MONTE. Nunca había estado en un lavabo de señoras.

AMPARO. Siempre fuiste un buen chico para esas cosas.

MONTE. Estuve en algunos dormitorios.

AMPARO. Claro.

MONTE. ¿Tú también?

AMPARO. ¿Los muertos no lo sabéis todo?

MONTE. No.

AMPARO. No te lo pienso decir.

MONTE. No te preocupes. Eso es algo que nunca me quitó el sueño.

Amparo: tenemos que hablar de la herencia.

AMPARO. ¿Sí?

*(MONTE saca un papel y lee).*

MONTE. Te dejo lo suficiente para vivir otros trescientos años con el mismo tren que llevas ahora. Dejo bonos y terrenos a Pablo para que sea un gran financiero o se lo gaste todo cuando sea mayor de edad. Espero que Emilio y tú seréis el alma y la educación de mi nieto como hasta ahora. A Carlos le dejo algún dinero; él no lo necesita para nada, pero me gusta hacer las cosas con orden.

AMPARO. ¿Y tu empresa?

MONTE. Emilio la quemará esta noche. A estas horas tiene que estar preparándolo todo.

AMPARO. ¿Pero estás loco?

MONTE. No, estoy muerto. No quiero que la historia de mi vida sea mi empresa. Quiero que muera todo conmigo. Que la gente me eche de menos.

AMPARO. Ni muerto dejarás de ser un maximalista: «o yo o las cenizas». Por fortuna ya me vengo ocupando de todo. ¿Creías que estando tú como estabas iba a quedarme yo cruzada de brazos esperando a ver cuál era la decisión del soberano? Desde luego... es evidente que nunca serviste para esto. Eras una gran persona, sí, inteligente, brillante, activo, y capaz de apuñalar a tu madre para no tener que compartir una decisión. Pero tú no querías dirigir un imperio. Tú habrías preferido ser Jacques Anquetil, subir el Tourmalet, o como se llame, ir con tus ciclistas a todas partes. Como los niños chicos. No, no tienes de qué preocuparte. Ya lo tengo todo arreglado. Yo tomaré las decisiones. Emilio llevará el día a día. Pablo crecerá. La empresa seguirá funcionando.

MONTE. ¿Pero tú te crees que una empresa como esta funciona sola?

AMPARO. Ah, ¿tú no?

MONTE. Por supuesto que no.

AMPARO. Te has pasado la vida subido al Tourmalet, querido. La empresa funcionará sola porque la ambición es el único combustible que no se agota. Porque todos los seres vivos creen que obedecen a alguien. Porque nadie es capaz de controlar algo tan grande como una empresa, una ciudad, un estado, de modo que el mundo es una asociación de

debilidades infinitas. Nosotros, tu nieto y yo, seguiremos haciendo tu papel: reinaremos. El poder seguirá siendo lo que ha sido siempre: una habitación vacía. En fin, querido. Me voy a la empresa, no vaya a ser que a Emilio le haya entrado también la vena romántica y se le haya ocurrido hacerte caso en toda esa locura. ¿Volveremos a vernos?

MONTE. Aún tardarás en morir más de diez años. Es posible que antes nos veamos alguna vez; al parecer depende de los vientos, o de la presión atmosférica, creo. En fin, ya nos veremos. *(Se da media vuelta).*

AMPARO. ¿Te vas así?

MONTE. Tengo prisa, me han regalado una bicicleta. Perdona que no te dé un beso, pero los fantasmas siempre nos esfumamos como el recuerdo de los olores.

*(Se desvanece. Luz sobre AMPARO. Del lugar en que estaba ALBERTO llega la voz de EMILIO. Misma situación de la Escena 1. Repiten las últimas frases. MONTE y los ciclistas están sentados sobre la mesa viendo la escena. Nadie parece verlos).*

EMILIO. Conozco mi desesperación, pero no la suya.

AMPARO. Pues esta soy yo.

EMILIO. A mí me apetecería seguir viviendo.

AMPARO. Dime lo que pensabas hacer.

EMILIO. Esperaba a su hijo.

AMPARO. No vendrá. Me odia.

*(CARLOS entra en la zona de luz).*

CARLOS. Es una buena razón.

AMPARO. Carlos.

CARLOS. Buenas noches. Enhorabuena, Emilio. Supongo que no es fácil dar conmigo.

EMILIO. Era necesario. ¿Cómo te encuentras? ¿Cansado?

CARLOS. Bueno. Bien. Aunque no me gusta que haya dos individuos esperándome a la puerta del edificio. No soy un delincuente. ¿Tengo que acostumbrarme?

AMPARO. Carlos, hace cuatro años que no sé nada de ti.

CARLOS. ¿Para qué me has traído aquí, Emilio? ¿Y mi padre?

AMPARO. Tu padre ha muerto, Carlos.

*(Pausa. CARLOS mira a su madre, luego a EMILIO. Camina atravesando la habitación como si se hubiese quedado sin sangre. Se derrumba sobre el sillón que hay frente al ordenador).*

EMILIO. Carlos...

CARLOS. He venido para decirle algo antes de que se muriera. He venido para decirle que no maté a mi hermano Pedro. No le quería, pero no lo maté. No sirve para nada romper los espejos. Fue un accidente. Fue cosa del mar. Tal vez mi padre se sentía culpable. Nunca pudimos hablar de ello. Tal vez sintió que la culpa del mar era su culpa. Él nos llenó los ojos de mar cuando éramos chavales. En ese tiempo, a mi padre le gustaba llevarnos cada verano. Al norte, por supuesto. Decía que ese mar era más fuerte que nuestras piedras. Me acuerdo de uno de aquellos veranos. Descubrí su mirada. Quiero decir, me di cuenta de cómo miraba el paisaje a través de mí. Miraba a mi hermano Pedro como a su espejo; se complacía en él. A mi madre la miraba con ternura, como se mira a los recuerdos. A mí me miraba como se mira a un tipo que quiere venderte algo. Tardé mucho tiempo en convencerme de que mi padre no me tenía por un retrasado mental.

AMPARO. Hijo... *(Pone su mano sobre el hombro de CARLOS).*

CARLOS. No me toques.

EMILIO. Tu padre ha muerto, Carlos. Es el momento de que te hagas cargo de tus responsabilidades.

CARLOS. ¿Qué significa eso?

AMPARO. Carlos, vete. Este hombre está loco.

EMILIO. No, Amparo, no estoy loco, solo busco salvar la situación: es necesaria la sangre de un Monte para salir de esto.

CARLOS. ¿Nos vamos a repartir sus dedos como reliquias?

AMPARO. Carlos, vete. Emilio ha rociado todo con gasolina. Quería quemar la empresa.

CARLOS. Vosotros dos...

EMILIO. Tu padre lo ordenó. Carlos, te necesitamos.

AMPARO. Quieres decir que tú le necesitas.

EMILIO. No, le necesitamos todos. Esta empresa se hunde, Amparo. Ni usted ni yo podemos sacarla adelante, mucho menos el Consejo. Alberto Monte podría hacerlo; un hijo suyo también. Carlos: tú no eres una persona cualquiera. Tu padre era Alberto Monte y tú eres Carlos Monte.

CARLOS. Sé quién era mi padre.

*(En este momento entra en escena un cuarto ciclista, un ciclista de los años setenta, con un maillot de lunares. Saluda a los otros con una sonrisa y comienza a pasear por la habitación. A su paso se van encendiendo fuegos dentro de las papeleras, los ceniceros, los platos... Es invisible para AMPARO y EMILIO).*

EMILIO. No le puedes traicionar. Tú tienes su fuerza y volverás a poner su nombre en el lugar que le pertenece. Yo puedo ayudarte. Conozco los mecanismos del Consejo, los resortes del mercado, sé cómo hay que mover la situación para recuperar nuestro lugar. Tapar el asunto de las casas del sur no es un imposible.

CARLOS. El asunto de las casas del sur. Lo leí en el puerto de Tánger, esta tarde: había algo sobre varias docenas de viviendas hundidas, y también el cierre de una planta con varios cientos de trabajadores. Salía la foto de uno de ellos. Había tirado una botella llena de alcohol contra el ayuntamiento y le habían detenido. Tenía la nariz rota. Te imaginé comentando la noticia a mi padre esta mañana. ¿Dijiste «un asunto desagradable»?

EMILIO. Tal vez.

CARLOS. Seguro. Y quieres que yo me siente en el trono de mi padre para resolver esos asuntos desagradables. No me necesitas. Hazlo tú solo.

EMILIO. Yo no puedo. Soy un criado, y un hombre vulgar. Estoy capacitado para todo aquello en que son aptos los hombres ordinarios, y lo mejor de mí es ser diligente.

AMPARO. Me alegro de que todavía lo recuerdes.

EMILIO. No, Amparo. No me estoy rebelando, no estoy desobedeciéndola, estoy buscando una solución.

*(El ciclista se encuentra frente a CARLOS. Hablan).*

CARLOS. Pardon.

VAN IMPE. Oui?

CARLOS. Vous êtes Lucien Van Impe.

VAN IMPE. Bien sûr.

CARLOS. Vous étiez toujours le roi de la montagne.

VAN IMPE. Presque toujours.

CARLOS. Et aussi le maillot jaune. Mile neuf cent soisente seize.

VAN IMPE. Vous étiez un garçon. 12 anes.

CARLOS. C'est vrai.

VAN IMPE. Je vous connais bien. Je vous attend.

AMPARO. (A EMILIO) Estás decidiendo quién es el dueño de esta empresa, aún no sé con qué poderes.

EMILIO. ¿Le parece Lucas 4, 6? Tengo razones de peso: usted no puede representar una nueva fuerza; solo la continuidad. Carlos puede hacer ver que no somos débiles, que tenemos un sitio nuestro y no lo vamos a ceder. Si usted fuera la opción, habría una guerra de compras, los vicepresidentes tendrían miedo, tal vez vendieran. La empresa de Alberto Monte sería en parte de la familia de su nuera.

*(Mientras hablan, CARLOS rebusca en el interior de su petate, saca el paquete de papel y lo desenvuelve).*

AMPARO. Y de otra parte sería mía, es decir, sería todo para mi nieto Pablo: las mismas manos. Quienes ordenamos las cosas seguiríamos más o menos igual. Tal vez hasta tú conservarías el mismo poder.

EMILIO. Bueno, tal vez.

CARLOS. Perdonadme.

AMPARO. ¿Si?

CARLOS. Veo que ya casi habéis llegado a un acuerdo, de modo que me voy.

EMILIO. Espera; Carlos: aun en el caso de vender una parte tú serías un valor importante para nosotros. Tú garantizarías una mayor fuerza para el nombre de Monte.

CARLOS. El nombre de Monte ya lo ha quemado el aire. Por eso quería mi padre el fuego: para quemar la memoria. Para que no quedase nada detrás de él, o para que no quedase

esto. A Alberto Monte le han llegado a la vez la muerte y el olvido, como a todo el mundo. Era tan inocente que creyó a ratos que podría ser de otra manera. Vosotros no sois el paso siguiente, solo la descomposición de Alberto Monte. El fuego sería las manos de mi padre repartiendo golpes en todas direcciones. Si algo quedaba en pie, eso merecía ser conservado. Pero vosotros sois el final.

*(Las luces del fuego irán subiendo poco a poco, hasta llenarlo todo al final).*

EMILIO. Carlos, te lo vuelvo a decir: este es tu sitio.

AMPARO. Hijo...

CARLOS. Solo vine para hacer algo por mi padre. En el norte, donde él nació, cuando un hombre muere se para el tiempo. *(Coge un reloj de escritorio que está sobre la mesa central, lo pone boca arriba y hunde en su esfera uno de los bolos de madera, como si fuese un almirante).*

EMILIO. Entonces rechazas la herencia.

CARLOS. Tengo la herencia, Emilio. *(Mira a su ciclista, este le sonríe).* Tengo un animal herido mordiendo mis entrañas, tengo la misma sangre envenenada que mi padre y mi abuela. Y tengo la memoria. Pero no te preocupes: si esta empresa necesita un monstruo para seguir existiendo, ahí tienes a Pablo; porque esta sangre podrida supera las mezclas y Pablo tiene la muerte en los ojos como su padre y su abuelo. Como yo. Mientras crece reinará mi madre, que no tiene veneno en la sangre; tan solo en las esquinas del cerebro.

AMPARO. Te puedes ir, puedes seguir viviendo fuera del mundo.

CARLOS. ¿Fuera del mundo?

AMPARO. Sí, fuera del mundo, porque el mundo real somos nosotros; lo hemos sido todo y somos el futuro.

CARLOS. Madre. *(Se acerca a ella. La besa)* No hay futuro.

*(Se dirige a la salida. Mientras CARLOS sale el incendio lo invade todo).*

MONTE. La historia de mis sueños ha tenido la misma fecha de caducidad que la historia de mis entrañas. Seguramente

es lo más justo. Lo que más me gustaba de los ciclistas era saber que no me podían engañar; su sudor era una verdad casi sagrada. No sé si quedan más verdades. Tampoco sé si hacen falta para algo.

Me hubiera gustado tener una relación más dulce con el mar. No supe navegar sintiendo el agua. No supe hacer las cosas con mis manos. Lo que queda debería partir de la ceniza.

VALE